

Flores Cordiales



CLEOPATRA

15 céntimos.

Se publica los domingos.

FABRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

MADRID, CALLE DE FUENCARRAL, 27

La Casa
COPPEL
garantiza la
buena marcha de todos
sus Relojes
acompañando á cada uno
su **CERTIFICADO DE
GARANTIA**

Catálogo
gratis.

Taller de
composturas.

Remesas
á provincias.

RELOJES DE PRECIO BAJO, RECOMENDABLES

CLEOPATRA

Reloj extraplano para caballero, en acero, con esfera metálica, á

Pesetas 18.

TUDOR

Reloj plano para caballero, en níquel, con esfera blanca, á

Pesetas 10.

BERLIN

Reloj fuerte para caballero, en acero, con esfera de gran lujo, á

Pesetas 13.

ELOISA

Reloj plano de señora, en acero, con esfera blanca, á

Pesetas 12.

CARDENIA

Reloj plano para señora, en acero, con adornos en color, á

Pesetas 20.

SPORTSMAN

Reloj-Pulsera, gran novedad plata con pulsera de correa, á

Pesetas 20.

CALCUTA

Reloj de pared, regulador, 65 centímetros de altura, á

Pesetas 15.

ZEUS

Reloj despertador de sobremesa, 10 centímetros de altura, á

Pesetas 6.

A PLAZOS

Al personal de guardia civil y carabineros se le pasa cargo, en cuatro plazos.

LA HERNIA

UN INVENTO VERDAD

El director del Instituto Moderno, plaza de Santa Ana, 11, principal, Madrid, **GARANTIZA** la contención absoluta de las hernias (quebraduras), por voluminosas y difíciles que sean, con el **invento Litter**, y lo somete al examen de todos los señores **médicos**. La **curación radical**, no, porque es imposible en los adultos. El **vendaie Litter**, que no se parece á ningún otro, permite los trabajos mas rudos, incluso montar á caballo, evita todos los peligros, es **invisible** y se puede dormir con él sin molestia. El **invento Litter** lo recomiendan todos los médicos y cirujanos del mundo, por ser el aparato más científico, cómodo y seguro.

Unico en España para la venta y aplicaciones, Instituto Moderno Madrid, Despacho: de 10 á 1 y de 3 á 7. Folletos gratis. Faja ventral (premiada) Litter, para señoras de vientre caído y delicado.

Polvos ingleses para es-
maltar la dentadura.

CAJA, UNA PTA.

Farmacia central de la Victoria.

VICTORIA, 6 y 8.—MADRID

Al portador de veinte
se le regalará una caja **CUPONES**

¡FUMADORES!

El encendedor de alcohol es más elegante y barato que las cerillas.

Desengaño, 6.

NO VENDER

oro y alhajas sin ver lo que pagan en la calle de Tetuán, núm. 16, es quina á la del Carmen.

Taller de Joyería.

Impotencia.

Espermatorrea y esterilidad.

La curan las célebres píldoras tónico - genitales del doctor Morales. **CARRRETAS, 39, Madrid.** Farmacias, á 30 rs. caja.

Flores Cordiales

Redacción y Administración:
San Andrés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

==== Apartado de Correos, número 48. ====

Madrid 22 Septiembre 1907.

LA HISTORIA EN VERSO

VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE... DE CLEOPATRA

¡El mismísimo demonio
fué la reina Cleopatra!
Muere el César, que idolatra
como á un hijo á Marco Antonio;
y, aunque tuvo con aquél
á su nene Cesarión,
siente una nueva pasión
por Marco Antonio, la infiel.

Pero Antonio está de luto
por César; y, hasta después
que vence á *Bruto* (que lo es)
y á *Casio* (que casi es bruto),
no hace *casio* de la reina
del crimen y la hermosa,

¡por más que ella le asegura
que sólo para él se peina!...

Luego ambos tienen el gusto
de participar su enlace
nupcial; pero al desenlace
reciben un gran disgusto,
pues aquel Napoleón,
predecesor del de Ajaccio,
tiene otra batalla en *Accio*
¡y es derrotado en la acción!...

Viendo el rigor de su suerte,
tan terrible es su disgusto

que, al vencerle Octavio Augusto,
él mismo se da la muerte;
y aún tiene para la Gloria,
al morir, un bello gesto...
¡Precisamente por esto
vive su nombre en la Historia!

En vez de comprar un *marco*
para la efigie de Antonio,
Cleopatra (que es el demonio)
se quiere tirar al charco;
pero le falta valor
y opta, al fin, por el veneno:
¡que cualquier sistema es bueno
para *reventar* de amor!...

Carlos MIRANDA

DE FLOR EN FLOR

MI PARACLETO



Yo tengo un amigo
que gastó los mejores
años de su mocedad en
ser poeta; luego, viendo
de cerca la inestabilidad
de las cosas humanas y
el poco seso que supone
pasarse la vida rimando
palabras, se hizo filósofo;
ahora, se ha hecho
hombre práctico, esto es,
ha huído de vanas entelequias,
se ha casado con mujer rica,
acicala su persona, defiende sus pesetas,
habla de política con toda seriedad
y aspira, según dice, á ser hombre
de provecho á sus conciudadanos. El Señor de cie-

los y tierra se lo premie y le dé la concejalía que más ancha le venga.

Pero el caso de mi amigo no es singular. Tú, lector, conocerás, sin duda, centenares de vidas semejantes. Parece esto una endemia nacional. Creemos que es incompatible ser hombre de negocios ó de carrera y tener en el alma un poco de idealidad, gustar de las amenas lecturas novelescas ó de las rimas y sentir y amar la belleza en la Naturaleza ó en el Arte. Entrad en el despacho de un abogado ó de un ingeniero ó de un médico, y veréis su biblioteca compuesta con obras de la ciencia que profesa, y nada más. Se creería deshonorado, y vosotros mismos le crearíais un tarambana, si detrás de aquellos infolios encontrarais escondida una novela de Paul de Kock ó un tomo de Bécquer. Y, sin embargo, se puede ser un sapientísimo galeno y un habilísimo revientapleitos y necesitar, para solaz del alma, la lectura de Piganet-Lebrún ó de las desesperadas rimas de Francisco Zea.

Al cabo, en todo español medianamente culto hay un poeta. En el medio mes que ahora corre, las provincias nos envían, como una oleada de juventud sana y fuerte, centenares de estudiantes, todos poetas y todos filósofos del no tener. Estos muchachos llegarán á ser abogados, médicos, ingenieros farmacéuticos, y cuando reciban su título crearán que el recrujiente pergamino, con el sello del Estado y la firma del ministro, es una losa funeraria bajo la cual deben quedar enterrados todo ensueño y toda alegría. Sus poetas y sus novelistas favoritos serán tenidos por gente superficial que hace perder el tiempo con bobadas imaginativas; volverán estos muchachos á las provincias convertidos en hombres prácticos, capaces para ser miembros de un comité ó concejales de su municipio. Y si alguno de ellos se descarría y sigue amando las divinas musarañas del Arte y de las Letras, será tenido por un fracasado y por un loco, indigno de manejar cuatro pesetas y de asistir á la solemne tertulia de la rebotica ó del casino.

Y yo os digo que los necios y los mentecatos son los otros, los hombres serios, los hombres prácticos que desdeñan la vida imaginativa llena de paraísos, y no saben conservar la alegría sana y fuerte de la juventud que recita versos y se desvela algunas noches poseída de las pasiones que surgen de las hojas de una novela.

Verdad es que este asesinato de su juventud no lo consuman nuestros estudiantes de pronto, al acabar su carrera y por un impulso de su voluntad. Día á día les van deshojando las flores de su alegría moza en la sequedad fría y seriota de nuestras empecatadas universidades, que parecen escuelas donde la tristeza únicamente tiene sus aulas; día á día les van infiltrando el convencimiento de que un sabio es un ser hosco y mustio y de que el saber Derecho Canónico ó Terapéutico ó Sanscrito son cosas que deben entenebreckerle á uno el espíritu y ponerle cana ó calva la mollera.

Así un notario, un registrador de la propiedad, un geómetra ó un curabubas, comete una indignidad profesional si dedica su pensamiento á esas amenas y dulces imaginaciones que son la salsa de la vida, lo más gustoso y fecundo de la poderosa inteligencia humana.

De aquí, y del malcomer diario, y del escaso sueldo, y de estos enemigos de la paz de la república que llamamos caseros y usureros, nace este hecho trágico: que España, con toda su prez y fama de alegre y de burlona y de chacotera, es una nación seria, es una nación triste, donde todos llevamos el alma como entre sombras.

Y es preciso reír, amigos míos. Sólo la risa podrá salvarnos y convertirnos en nación grande y en na-

ción opulenta. Un pueblo que no ríe, que no busca la alegría de todas sus horas, no puede tener mayor ni mejor aspiración, sino que le dejen en paz, que no le acicateen á salir de sus miserias y sus tristuras. La risa nacional, votada en Cortes, ó decretada en la *Gaceta*, parecería á los hombres sedudos, á los políticos solemnes y á los sociólogos de baratillo que nos dirigen, un enorme disparate. Y, sin embargo, es posible que en ella comenzara el renacimiento de la grandeza española, porque la risa y la pobreza son incompatibles. Y aquí, entre pobres confesados y pobres vergonzantes, se van las más páginas del censo de población.

Dionisio PÉREZ

MI PRIMERA FLOR

Fué mi primera flor de crueldad al alma femenina.

Hace cincuenta años.

Aurora, ex-interna del colegio de Amirola, odiaba á los niños que lloran y á los que están callados.

Aborrecía la maternidad, pero rabiaba por un marido, cosas ambas que ponían á prueba su moral curvada.

Yo, cuando la oía, contemplaba su rostro de hipotenusa, el cuerpo flaco, y los ojos menudos de azul esfumado, regocijándome en nombre de la humanidad pensando que aquel breve tronco de álamo blanco, debilitado en fuerza de escoriaciones opuestas al orden prolífico, hacía un gran bien á la raza cerrándose á la reproducción de la especie, al timbre más santo del amor.

Escuchadla:

—No me disgustan los pequeñuelos si tienen las mejillas encendidas, los ojos secos y la boca á punto de zurcidora. ¿Pero darlos? ¡Ah! El cuerpo se deforma, la piel pierde el bruñido de la sangre virgen y el dolor demuda las facciones.

La miré á través de mis lentes y guardé silencio.

—¿Qué contesta usted?—añadió, escarbándose varonilmente el oído con el meñique de la mano derecha.

—¡Pshel!—dije—. Las mujeres infecundas son como los émbolos de una máquina pneumática, que suben y bajan dejando en pos de sí el vacío...

José ECHEGARAY

LA PEQUEÑA DE LOS OJOS AZULES

Hace pocas noches, en cierto *cabaret* de Montmartre (la montaña sagrada de París), surgió una apuesta entre dos «ondulantes». Una de ellas es la alemana Claudina G.: tipo rubenescos, alta, blanca, mórbida, muy festejada por los asíduos concurrentes á Boullier. La otra es francesa: rubia, flexible y elegante; se llama Matilde, pero todos sus amigos la designan por el expresivo remoquete ó apodo de «la pequeña de los ojos azules». ¿Qué queréis? En algo habían de parecerse las pecadoras á los toreros y á los reyes: en que todas tienen mote.

Las dos jóvenes disputaban acerca de cuál de las dos había conseguido vender sus favores á mayor precio, y de la discusión, suave al principio, acre y mordiente después, nació la apuesta.

—Yo no seré muy bonita, ni tendré joyas, ni estaré bien vestida—, decía Matilde con adorable imparcialidad—pero te aseguro que, si me empeño, antes de una hora hallo un hombre que me dé mil francos por una noche de amor.

Los robustos hombros de la alemana se alzaron despectivamente, con desdén principesco.

—¡Tú deliras!—exclamó.

—Aseguro que no.

—¿Te apuestas algo?

—Me apuesto—repuso Matilde—una cena y un «luis».

—Aceptado.

Varios apreciables *apaches* que habían escuchado este diálogo miraban á las dos «desnudables» y sonreían curiosos y alegres. Claudina y Matilde sellaron lo hablado con un apretón de manos cordial, y quedaron citadas para la tarde siguiente, á última hora, en la *terrasse* del famoso restaurant de *La rata muerta*.

En cuanto dejó á su amiga, «la pequeña de los ojos azules», con las faldas perversamente recogidas y apretadas al gracioso cuerpo, y el lindo *canotier* sobre las cejas, echó á andar caminito de los grandes bulevares. Al pasar, muchos hombres, atraídos por tanto donaire, volvían la cabeza. Cuando doblaba la esquina de la calle Druot, Matilde advirtió que la seguía un joven alto, pelirrojo, calzado con lindas botas de charol. Momentos después, el desconocido la abordó:

—Señorita...

«La pequeña de los ojos azules» miró á su interlocutor, y por sus labios bermejos, llenos de juven-

tud, resbaló una sonrisa. Caminaron juntos y caminaron despacito, cual si sintiesen que aquella parsimonia de movimientos acercaba sus voluntades. El era un estudiantón provinciano, cándido y rico, recién llegado á París. Ella (¡pobre condesa!) necesitaba mil francos para recoger una letra que debían presentarla al día siguiente. El quedóse desconcertado y balbuciente, con las lampiñas mejillas llenas de rubor.

—Señorita...—dijo—me avergüenza confesarlo; pero... en este momento sólo puedo disponer de una cantidad insignificante: trescientos francos...

Ella hizo un mohín de disgusto, y de perplejidad se llenaron sus ojos. De repente, se serenó: iluminóse su rostro; tenía un plan...

Al otro día, Matilde y Gustavo L. (así se llama el estudiante) penetraban en una joyería de la calle de la Paz, esa calle deslumbrante como una mina de oro, ante cuyos escaparates tentadores tantas virtudes pobres han fracasado. «La pequeña de los ojos azules», que parecía no acordarse ya de la «letra» que amenazaba su porvenir, deseaba comprar una pulsera. El dependiente la ofreció varias de las más bonitas. Ella permanecía en pie, moviendo graciosamente ante el mostrador su cuerpo mimbreado; él, Gustavo, habíase arrellanado cómodamente sobre una silla.

De pronto, Matilde, que acababa de ceñirse á la nieve de su muñeca una pulsera tasada en mil trescientos francos, exclamó:

—¡Ahí va mi prima! ¡Qué casualidad!

Y como si fuese á llamarla, ganó la puerta y desapareció, dejando á Gustavo en rehenes. Su ademán fué tan alegre, tan espontáneo, que nadie pensó en detenerla. Transcurrieron varios minutos y la joven no volvió, y bajo las miradas burlonas de los dependientes de la joyería, el ingenuo estudiante se convenció, aunque un poco tarde, de que allí no había más prima ni otro «primo» que él...

Cuando la policía detuvo á Matilde veinticuatro horas más tarde, la joven ya no tenía la pulsera: acababa de cedérsela á una corredora de alhajas por setecientos francos, que unidos á los trescientos que Gustavo la dió componían una suma de mil francos.

Es, pues, innegable, que ha ganado la apuesta, y que Claudina, la alemana de los hombros rubenescos, la debe una cena y un «luis».

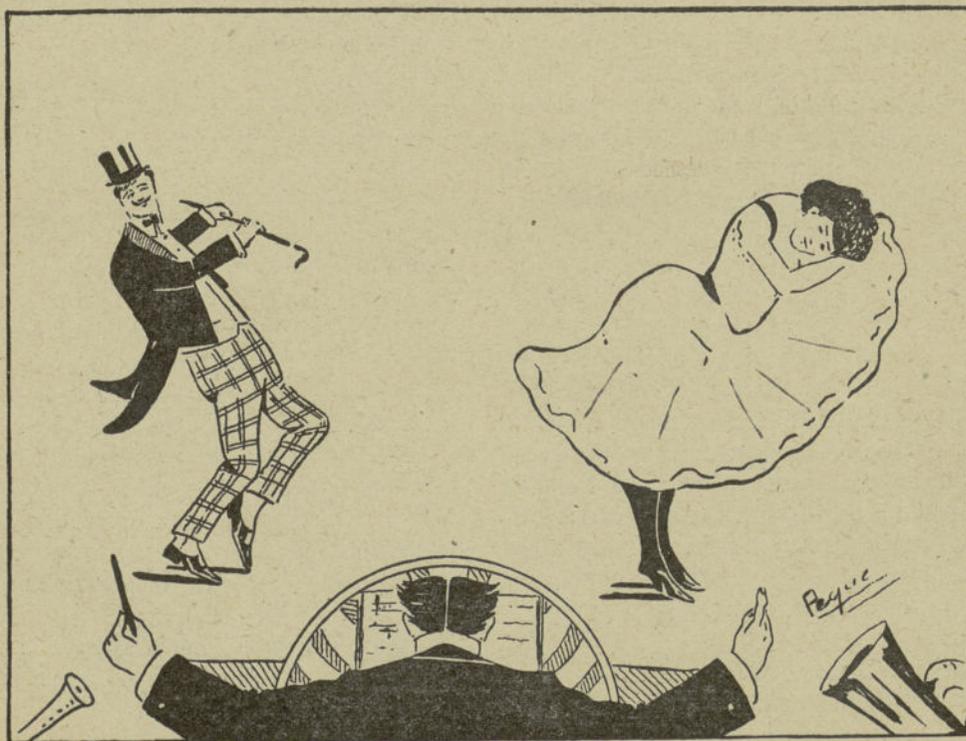
¡VAYA UN PAJARO!

Ya te oigo, vecinita,
sin que me veas,
porque sólo me ocupo
de mis tareas,
hablar de noche siempre
con ese joven,
que, aun cuando no es un Chueca
ni es un Beethoven,
te avisa — si á su paso
no estás alerta—
silbándote sonatas
junto á tu puerta.
A las diez, ya se sabe,
frente al tintero
me pongo á escribir coplas,
y el... majadero,
sin que olvide una noche
su cantinela,
llega á tu calle y silba
que se las pela.
Al escuchar sus suaves
y dulces trinos
rabiarán las vecinas
y los vecinos
y una noche, furioso,
sobre el cogote
le tiro algún soneto,

con estrambote.
Abres tú la ventana,
cierra él el pico
y empieza... lo de siempre:
—¡Paloma!
—¡Rico!
—No sabes, palomita,
lo que yo te amo.
¿Por qué no acudes antes
á mi reclamo?
—Porque silbas de un modo
que me enamora,
y deseo que silbes
hora tras hora
como los ruiseñores
en la enramada...
—Gracias por el piropo,
prenda adorada.
¡Cuándo, echando estos ratos
en el olvido
podré silbarte amores
en nuestro nido!
—Anda, hermoso lucero,
silba otro poco...
Y él silba y á mí, vamos,
me vuelve loco.
Niña de sonriente
rostro divino,
haz que el novio no silbe

porque yo trino,
y si sigue engolfado,
silbando amores,
como hacen en la fronda
los ruiseñores,
un día os leo alguna
copla tan mala
que el ruiseñor de fijo
que ahueca el ala.
Despide á ese silbante
bajito y feo,
encogido y delgado
como un fideo,
y encárgale que vaya,
pero de prisa,
á recortarse el cuello
de la camisa,
porque le miro cuando
silba sus quejas...
¡y le llegan los cuellos
á las orejas!
¿Y ese pájaro mosca
de tus amores
dices que canta como
los ruiseñores?
¡Pero cómo te burlas
de ese angelito!
¡Si es un asqueroso
pájaro frito!

José RODAO



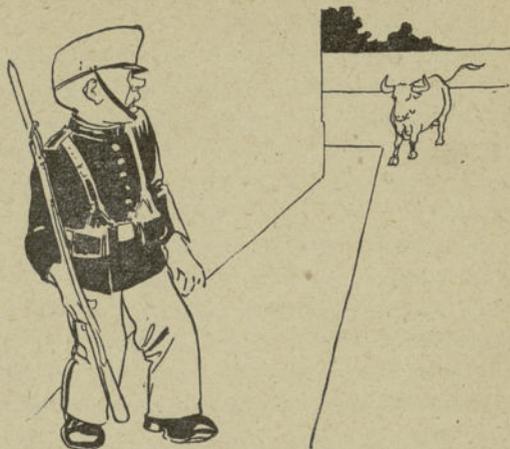
Viendo de cerca la fruta
en cake-walk tentador

aunque viejo el director
se le marcha la batuta.

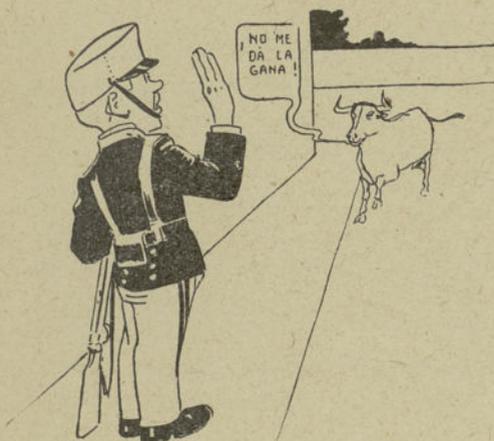
LAS ORDENANZAS GRÁFICAS, por Karikato.



Artículo 35. Todo centinela hará respetar su persona,



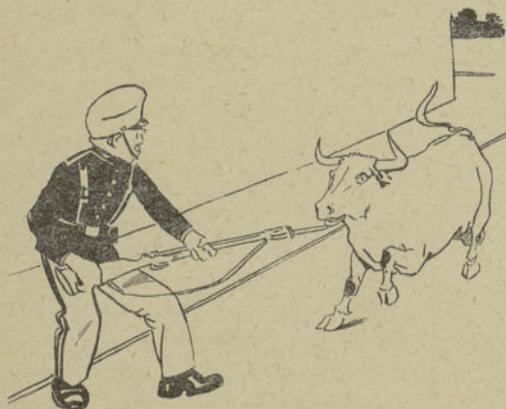
y si cualquiera quisiere atropellarla,



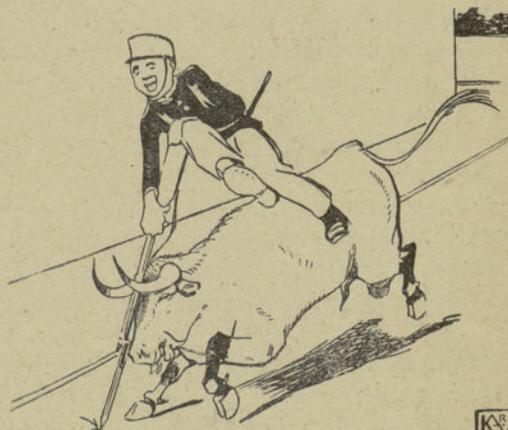
le prevendrá que se contenga. Si no le obedeciere,



llamará á su cabo para dar parte á su comandante; pero si en desprecio de esta advertencia



prosiguiere la persona apercebida á forzar la centinela ó atropellarla en cualquier forma,



usará de su arma.

KARIKATO

¡¡NI UNA FLOR!!

(Remitido expresamente para FLORES CORDIALES.)

No: ni una flor... cordial recibiré de tu mano, no las tocarán las mías, aun cuando vengan de los jardines de Armida.

Me lo dijo y calló... con ademán y enojo de diosa vengativa.

El cielo se ha cubierto de crepúsculos tristes.

La Naturaleza ha sido sorprendida en pleno estío por ráfaga invernal que ha enfriado el tallo y suspendido la savia en su circulación vital y cálida.

Las hojas se ponen lívidas y caen: caen como lágrimas de la madre angustiada, que las mira morir con dolor mudo y palidez mortal.

No sabemos lo que sufre la planta en el desgarramiento de sus fibras muertas, en esa apocalipsis sin ángel ni trompeta, que mata un reino orgánico, sensible y armonioso... Porque hay música de espíritus en el desprendimiento de las hojas que mueren levantando montículos de despojos áridos.

En esa hora, que se cree sin retorno como el pesar humano se juzga sin olvidos, ante la fosa abierta que ha de guardar amores y cariños, el tronco inmóvil concentra su dolor, calla el sollozo y escóndelo en la tierra madre, camino y consuelo de todas las desventuras y agonías.

Pero más sufro yo; y este dolor humano y subjetivo, personal y egoísta, apaga el sentimiento del ajeno infortunio, mata la compasión y nos resigna al medio ambiente desamparado y tétrico.

¿Para qué han de vivir ensueños y quimeras, perfumes y ambrosías, luminares y empiresos? Si las flores no han de ser las mensajeras de mi amor celeste, ¿para qué han de existir? ¿Para qué han de guardar aromas y poesía, compenetradas del aliento de Dios? ¿Para qué brilla el sol, y para qué calentará la tierra con ardores de trópico, si no han de germinar plantas y flores como gemelas de la mujer querida, cuyo lecho perfuman y cuya frente adornan con hermosas diademas multicolores?

¿Será la flor una mujer sin alma, simiente sin destino, luz sin visión, espacio sin planetas, universo sin Dios ni humanidad?

¿Acaso la formó la Naturaleza para solaz del hombre? Sí, en tanto que la mujer quiera cogerla con mano primorosa para engarzarla á sus cabellos negros ó le consienta sangrar sobre su seno, como nacida en cálidas turgencias de conos voluptuosos...

La flor es más que símbolo... Es voz y es canto de la Naturaleza en su hora férica, ofrenda de los dulces afectos y de tiernos amores ebullidores, billete perfumado que no ha menester verbo ni gráfi-

cos emblemas porque Dios escribió sobre sus hojas lo más hermoso y entrañable que pueda deslizarse en el oído de la mujer amada; es préstamo de dicha, expansión ó sonrisa de alegría que imploramos de la Naturaleza, pródiga y generosa, cómplice é inspiradora del amor de los seres y de lo creado.

La flor, el pez, el ave, la luz y la mujer, todo, todo es amor en la Naturaleza...

Menos la planta que agoniza en mi patio quemada por oleadas de sol ígneo: menos la sombra que esconde soledades, sin trovas ni canciones, sin emoción ni ensueños, sin citas ni delirios; menos la luz que brota de mi mente y vaga en el espacio para apagarse en la melancolía, cargando de tinieblas mi corazón.

—¡No quiero ni una flor, aunque sea cordial!...

Me lo dijo y calló... con ademán y enojo de diosa vengativa.

Alejandro DUMAS.

París y Septiembre 907.

RECETAS PARA HACER EL AMOR

No os arrodilléis jamás para declarar vuestra pasión amorosa á una mujer, porque os ensuciaréis el pantalón y, además, os hallaréis en una postura muy incómoda.

* *

No pongáis nunca las manos sobre la cintura de vuestra dama, ni en rededor de su cuello. Colocadlas en el centro de las espaldas: allí no hay alfileres que os puedan hacer daño.

* *

No visitéis á la novia cuando estéis acatarrados porque si empezáis á hablarla no podréis continuar la charla sin que un ataque de estornudos lo impida repetidas veces. Y como el catarro de cabeza no inspira piedad á la mujer, figuráos el papel ridículo que haréis si vuestra dama posee la menor partícula siquiera de buen humor: no hay amor romántico que pueda sobrevivir á tal cosa.

* *

Jamás consintáis que vuestra novia os vea sin cuello de camisa, ni aun la misma esposa á que hayáis dado vuestro nombre. El rostro y la cabeza de un hombre sin cuello hacen el mismo efecto que un gran ramo de flores sin florero.

* *

Que tampoco os vea afeitados vuestra mujer. Hace el hombre muy grotesca figura en esos momentos, con la boca medio abierta y unos gestos idiotas y antiartísticos, que son el mejor antídoto contra el amor.

EL "VINOMIO," DE OSMA

Desde que se comenzó á tratar de la *desgravación*—santa palabra—de los vinos, estoy yo bastante pensativo.

Eso de *desgravar* los vinos no me cabe á mí en la cabeza, ni como español, ni como aficionado al *soplen*.

Esta es la primera vez ¡la primera! que se ha tratado en España de un problema económico que no termina *en que se sube el vino*.

El *vinomio de Osma*, como el binomio de Newton, son fórmulas revolucionarias.

Los españoles estamos perdiendo á tiras los hábitos más arraigados y vistosos, sin duda porque no los hemos podido perder á tiros.

Hay que fijarse bien en lo que ha cambiado, y está cambiando, el espíritu del pueblo de poco tiempo á esta parte. Ya nos andamos en *desgravar* los vinos, que es la última palabra de la radical reforma que estamos sufriendo.

Sí, nos *desgravan* los vinos; pero ¿á costa de cuántos sacrificios? Aterra ver la lista de *compensaciones* que exige la *desgravación*.

En Madrid, por de pronto, no podemos ya unificar la deuda municipal, ni hacer la necrópolis; en cambio, se nos recargan las cédulas, se nos exigirá prestación personal, se ensancha el radio fiscal de consumos, se aumentan algunos de estos, y tiene responsabilidades la última copa *desgravada*. ¡Pues no veo la compensación!

No entiendo una palabra de rendimientos; pero me parece que nos tiene más cuenta que se suba el vino.

Yo hablo por mí, y al declarar ruborosamente que me gusta el vino sin llegar á la última copa...—¡quién sabe dónde tiene su última copa!—declaro que preferiría una y cien veces que me *gravaran* en diez céntimos cada botella de vino, á tener que ir á regar la Castellana con cubeta, y á que me entierren en un lodazal inundo, después de beberme la última copa, sin dejar cortina, sin responsabilidades para el tabernero.

Subiendo el vino diez céntimos por botella, yo pagaría gustoso tres ó cuatro mil pesetas anuales de contribución; en cambio, el recargo de una peseta en la cédula personal me saca de quicio.

La cédula es un documento que á mí no me sirve para nada. Cada ejercicio que transcurre sin que yo haya tenido necesidad de utilizarla, me pone frenético.

Antes, siquiera, la exigían en los casos de préstamos para todas las operaciones de pignoración, y,

¡vamos! había año que la necesitaba doscientas ó trescientas veces; pero, ahora, ¡ni para eso me es precisa!

Con esto de las cédulas pasa que hasta en los centros oficiales se pitorrean del contribuyente. A lo mejor, va uno á cualquier diligencia de carácter público y el empleado de la oficina le pregunta:

—¿Tiene usted cédula?

—Sí, señor,—le responde el *diligente*.

—Bueno, pues no hace falta.

Yo ya he estado varias veces á punto de pelear con oficinistas de estos, y hasta creo que he llegado á pegarme con dos ó tres de la clase de quintos, que son los más débiles á causa de la alimentación.

Ya sé yo, aunque parezca que uno no piensa en nada serio, que hace falta sacar contribuciones para atender á las cargas y gastos del Estado, la Provincia y el Municipio; pero creo que deben sacarse sobre cosas que se necesiten. Por ejemplo, sobre muletas, porque los cojos las han de menester; sobre gafas, porque los cortos de vista, vista cansada, miopes, etcétera, las necesitan; sobre cabestrillos, porque los mancos en curación no se aliviarían sin ellos... Pero ¿sobre cédulas, para quien puede vivir sin cédula tan divinamente? ¡Es absurdo!

¿Qué diría el Sr. Osma, pongo por ministro de Hacienda, si una *persona de fuerza mayor*, como él, le obligase á comprar un estoque de matar toros? Pues diría:

—¡Pero, hombre, si yo no necesito estoques de matar toros, porque no mato toros! Sobre todo, si tuviera que matarlos, ya compraría oportunamente el estoque.

Pues eso digo yo de las cédulas.

Si no necesito cédula ¿para qué voy á sacarla? Sobre todo, ya la sacaré si por casualidad la necesito.

Ya verán ustedes cómo se solucionan los problemas de compensar á la *desgravación* de los vinos con los nuevos aumentos, cargas, recargos, gabelas y demás caricias que se proyectan, y luego, á la primera necesidad de dinero que surja en la Hacienda pública, ¡cataplún!, vuelve á ponerse en vigor la tarifa gravada, aunque no sea más que para que subsista la célebre y tan conocida frase del borracho, que dice:

—Ya verán ustedes cómo todo esto de *desgravar* el vino acaba en que se sube el vino.

Yo lo sentiría, porque perderíamos una bella fórmula algebraica.

El vinomio de Osma.

MENDEZ.

HOJA COMIO

POLITIQUEO

EL SPORT DE DON

Ya tornan.

Son ellos, los que cogieron almejas á la orilla del mar, los que se revolcaron en las algas, los que acariciaron la blanca espuma con jugueteo de núbil, los que, nutrido el berroqueño pensar de la savia milagrosa del monte, vienen á dar al pueblo el pasto de sus creaciones, nacidas al arrullo de la fuente, al mecer de las olas, ó bajo el alcornoque de fruncida cáscara.

*
*
*

De todos, nadie como el ondulante Osma altera mis horas de reposo.

Fué á Carlsbald á tomar agua, reseco, sin duda, de las fatigas de los alcoholes. Volverá bien; seguramente serenado el espíritu, quitada la costra al mal humor, reducido el vientre, metido en una verdadera *economía orgánica*.

Ahora descansa en la villa luciente de París y pasea por el Sena.

Dios quiera que no se maree, aunque *cambiando la peseta* quizás saneara los cuatro reales españoles, advertido del valor de los francos que gastará aplacando la revolución de las tripas.

*
*
*

Maura irá á Fortuna, su amorosa compañera hasta que quiebre. Allí eliminará la linfa morbosa, y, al regreso, próxima ya la apertura del Parlamento, lo admiraremos limpio de mácula biliosa, preparando el nuevo gesto, ordenando los cánones de la lucha que han de florecer sobre la cabeza del país, como la vara floreció en las manos



LA CIERVA.—¿Que cómo se hace una buena

CO-POLITICA

ON JUAN, por Tovar.



buena policía?... No dejando títere con cabeza.

del Patriarca al abrazar al Hijo, obra misteriosa del Espíritu Santo...

*
**

Sánchez Toca, siempre alegre y mordaz, tuvo en la Casa de la Villa una entrada fúnebre, especie de fuego fatuo, consagrando su primer cuidado á ensanchar las fosas de los muertos, tanto, si cabe, como sus nasales.

La necrópolis que imaginó era, al parecer, el fundamento más serio de sus inmarcesibles glorias; pero vino Osma socavando al presupuesto municipal los cementos, y el alcalde á escuadra abandona la mansión de las calaveras poniendo el brazo á vivos, que, cual el ministro de los proyectos esporádicos, pretende estropear al presidente del Ayuntamiento el pacto sinalagmático-conmutativo bilateral hecho con algún futuro cadáver que aspiraba á pudrir sus restos en suntuario nicho de pórfido griego, trepado de olorosos dompedros, guardada la lápida por formidable ejército de ortigas, planta que simboliza el amor edil...

*
**

Y Lacierva, henchido de gozo.

Si al crujió de las bambalinas y al parpadear hosco de las películas, y al agitarse de los mandiles de cafés y tabernas sintió desasosiego, hoy la tranquilidad le rehabilita ante el obsequio

Doscientas señoras, dueñas de otras tantas casas transitables, van á regalarle una gran plancha de honor, con la inscripción siguiente:

«Al Sr. Lacierva, las amas agradecidas.»

Gonzalo DE QUIROS.

EL ESCULTOR MANOLICO

Con sus ojos saltones y su boca fruncida, era Manolico á los diez y ocho años un muchacho simpático y travieso; de ningún modo un *enemigo de la religión*, como le llamaba su padre, el sacristán de la iglesia parroquial de San Lorenzo en cierta capital de provincia.

Todo se reducía á que una vez Manolico puso polvos de cebadilla en los pies del Cristo del Perdón, que los fieles besaban devotamente por la mañana temprano.

La primera víctima de la broma fué el prestamista Jaramago, quien, al besar (y estornudar), dió contra los pies del Cristo una cabezada que los demás fieles tomaron por una devota reverencia, y el boticario de la esquina, mejor informado, tomó por un chichón como un huevo de gallina.

Y otra vez Manolico echó tinta en la pija del agua bendita, y otra vez prendió con un alfiler las faldas de dos beatas, y otras muchas veces realizó muchas otras travesuras inocentes, propias de su viveza y de sus pocos años, á pesar de que el señor sacristán, su padre, que era un hombronazo y de genio pronto y y colérico, ponía por denominador común á todas estas proezas la temible vara de fresno.

* *

Pasaron estas chiquilladas. Ya Manolico tenía veinte años, y la robustez y buen talle de los mejores mozos del barrio, y ya le ocupaban otras empresas, y principalmente el palomar, la novia y el dibujo.

Dibujaba con más rapidez que corrección, y se mostraba más afortunado en sus dibujos originales que en las copias; como novio, no hay la menor noticia de su conducta, porque no hay cosa más discreta que una reja; y en cuanto al palomar, también era un misterio el incesante aumento en el número de palomas, siempre regaladas por sus amigos, según decía, pero á las cuales había que alimentar como si fuesen compradas.

Y el cepillo de la capilla de San Dimas, que siempre había sido *pingüe*, apenas si daba más que ochavos: al abrirlo, el sacristán se quedaba estupefacto; se rascaba la oreja, miraba fijamente á San Dimas, que continuaba imperturbable, y se alejaba murmurando y gesticulando de un modo poco tranquilizador.

Por entonces, Manolico hacía la compra en el mercado todas las mañanas. En mangas de camisa, llevando al brazo una cesta grande que quedaba oculta en los vuelos de una capa vieja, y cubierta la cabeza con un sombrero de copa más viejo que la capa, una de aquellas chisteras descomunales «con entresuelo y primero» que fueron la moda en tiempo de Isabel II, Manolico traía las provisiones para la familia... y para las palomas.

* *

Hay días aciagos.

En uno de ellos, al regresar de la compra y antes de dar vuelta á la esquina de la iglesia, el muchacho metió en la chistera un par de tórtolas, regalo sin duda de algún amigo.

¡Y cuánto se alegró de haber tomado aquella

precaución! Porque al doblar la esquina y dar vista á su casa, dejó escapar esta exclamación:

—¡Rediez! ¡Mi padre!

En efecto: el sacristán esperaba á su hijo, sentado á la puerta de la casa y con la vara de fresno en las manos.

—¿Has hecho la compra?

—Sí, señor.

—Bueno... Venga la cuenta.

—Espere usted, padre, voy á dejar la cesta.

—Déjala en el suelo. Venga la cuenta.

Hacía más de una semana que no la pedía y ¡es claro! hasta el sumar se olvida con la falta de práctica...

Ello es que «tanto de la carne, tanto del pescado, tanto de la fruta, tanto de los garbanzos... del chorrizo... de las lechugas...»

Manolico se ponía, ya sobre un pie, ya sobre otro, y el padre, cada vez más nervioso, se contentaba con decir con aterradora calma:

—¡Pues no sale!

En esto, las tórtolas, medio asfixiadas, comenzaron, no un arrullo, sino un *zureo*, como dicen por allá los palomistas, verdaderamente desesperado.

Manolico se puso pálido, y su padre de color de escarlata.

De un garrotazo que, por fortuna, no alcanzó la cabeza, fué la chistera al suelo, las tórtolas al aire, la capa sobre la cesta, y Manolico, por la escalera arriba, sabe Dios á dónde, porque ¡cualquiera le encontraba en los desvanes de la iglesia!

* *

Pasó también la juventud. Murió el sacristán, amargamente llorado por su hijo; heredó éste el cargo; se casó y se convirtió, no en «El señor Manuel», sino en *Don Manuel*, porque sus ribetes de artista le granjeaban este respeto, y su modestia y sus agudezas le hacían buen lugar entre todos.

Restauraba las efigies de su iglesia y hacía santos para las iglesias de los pueblos de la provincia.

Estos encargos menudeaban que era un portento, y *Don Manuel* ganaba más dinero que quería.

Y aún hubiera ganado mucho más si no fuera tan perezoso. Desesperaba á los alcaldes y curas párrocos que aguardaban una imagen; y cuando ya éstos le ponían entre la espada y la pared, concluía la escultura de cualquier modo.

Hubo vez que á los cuatro meses de encargado un santo y habiendo anunciado los del pueblo que irían al día siguiente para llevárselo tal como estuviese, *Don Manuel* no sabía qué hacer, porque sólo tenía del santo la cabeza.

Entonces, buscó en los desvanes la capa vieja con que antaño iba á la compra, la plegó alrededor del palo que sostenía la cabeza, y vengán manos de cola y vayan manos de pintura, el santo estuvo concluido al día siguiente y se lo llevaron muy contentos los del pueblo.

Eso sí: como el conjunto ofrecía poca solidez y menos estabilidad, porque todo el peso estaba arriba, en la primera procesión el santo *perdió la cabeza*, que cayó sobre la del sacristán del pueblo, dándole un coscorrón mayúsculo y quedando solamente un cascarón sobre las andas.

Pero ni la pereza, ni la manía de retratar á sus

amigos en los santos que hacía, por lo cual tuvo que amonestarle el obispo cuando ya Cosme el zapatero estaba muy serio en el altar mayor de Villabajo, y Don Simón el médico, sostenía el mando en la iglesia de Villarriba, podían quebrantar ni disminuir su fama de escultor en toda la provincia; antes bien, la confirmaban episodios como el que servirá de punto final á estas inocentadas.

*
*
*

Cuatro ó cinco meses tardaba ya en poner las manos á un Cristo de tamaño natural, destinado al pueblo de Cecina, cuando el alcalde, el secretario y otros notables de paño pardo se presentaron en el taller y manifestaron que al caer la tarde se llevarían el Cristo con manos ó sin ellas.

—¡Y quién sabe—añadió el alcalde—si las echará de milagro y nos saldrán más baratas!

Don Manuel no perdió el tiempo en discusiones

con los cecineros. En cuanto se marcharon, resurgió en su espíritu el genio de Manolico y, buscando y revolviendo, tropezó con unos guantes.

—¡Cabal!—se dijo—. E inmediatamente los recogió, los relleno de trapos bien apretados, los fijó á los extremos de los brazos, los clavó y los pintó.

—¡Aquí hay manos!—gritó satisfecho Manolico. Por la tarde vinieron los de Cecina y se quedaron maravillados.

Sin embargo, el juez municipal que era un campesino muy avisado, y que estaba comparando las manos del Cristo con las suyas, y rezongando, dijo al fin:

—Con licencia, *Don Manuel*. ¿No le parece á usted que las manos tienen así como... hinchazón?

—Pero, peazo de bárbaro—replicó Manolico—, si á ti te traspasaran las manos con un clavo ¿cómo se te pondrían en seguida?

—¡Hinchás!

—Pues eso le pasó á Cristo.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.



—Hija mía ¿quiere usted que le lleve la caja?

—¡Vaya un lila! Usted se toma más vuelos que los que le ha dado el sastre.

LAS MENTIRAS DE LA HISTORIA

FLORES CORDIALES ofrece aquí á sus lectores unos cuantos botones de muestra de las grandes mentiras de la Historia.

Cleopatra no pudo disolver una perla en vino, como se cuenta que hizo para suicidarse. La Química ha demostrado que esta disolución en tal elemento es cosa completamente imposible.

Séneca, el gran filósofo romano, fué un tacaño y un usurero de los de marca mayor, y cuando murió

dejó una fortuna que equivaldría á quince millones de pesetas.

El célebre Paso de las Termópilas no fué defendido por trescientos griegos solamente, sino por siete mil hombres, por lo menos, y aun hay historiadores que hacen subir esta cifra á doce mil.

Anfibal no se abrió paso por los Alpes destruyendo ó separando las rocas con el vinagre con que se cuenta las roció. La ciencia moderna ha demostrado que esto es imposible, y suponemos que á nadie le cabrá duda de ello.

POESIA BUCÓLICA

No en los bosques, cabe la umbrosa bóveda de verde encaje que entolda el suelo; no junto al arroyo que armoniza la indefinible nota de su eterno murmullo con el ruido suave de las hojas, sinfónicos arpeggios que acompañan al caramillo del pastor, á la voz fresca de la moza que vuelve lleno el cántaro, y á la copla quejumbrosa del jayán que jalean el tardo pisar de su recua y el siseo del arado al rozar la vara con la dura tierra...

No busques, lector ó lectora de FLORES CORDIALES, la poesía bucólica allá en los campos: aquella murió con nuestros abuelos. Hoy la bucólica tiene otros personajes más limpios, más atractivos, más alegres que el jayán sudoso, la moza despeluzada y el pastor oliente á queso cabrío.

La escenas bucólicas gestan en la plaza, se desenvuelven en las cocinas y se gustan en el comedor, y no porque los poetas dejen de cantarlas tienen menos encanto, menos aroma.

La cocinera zafia de tres refajos y mantón de pelo, huye, desaparece, y, en su lugar, borrando olores de ajo y lágrimas de cebolla, surge la moderna poetisa, la musa de la alimentación, con su corsé Luis XVI, sus botinas Luis XV, su falda Luis XIV, al cuello una medalla de San Luis y en el portamonedas la cédula de haber confesado en los Luises.

La mujer, espíritu y materia dúctiles á todo lo estético, se transforma por instinto, por natural tendencia á la belleza. Un hombre que nace con juanetes, con ellos muere aunque llegue á ministro de Estado; una mujer, siquiera sea ancha de cogote y roma de nariz, como la Maritornes de la venta, se idealiza en cuanto aprende á filtrar la mayonesa. Ni aun la criada de casa de huéspedes, mezcla de hipopótamo hembra y de mozo de cordel, resiste al ambiente moderno de poesía bucólica; los contornos se rectifican, las curvas se suavizan, el buen gusto se generaliza hasta el punto de que el baldique ha quedado relegado á los expedientes de la burocracia y ya no lo emplea ninguna muchacha para atarse las medias.

Un observador anotaría en seguida que todo es efecto del ejemplo y de los buenos consejos. La clase media no existe ya. Un acreditado pedicuro de esta corte afirma que se borran de día en día las fronteras de clases. Antaño la aristocracia se lavaba los pies de cuando en cuando; la clase media por el Corpus, Carnaval, Semana Santa y otras fiestas mayores; el pueblo soberano, jamás. Ahora, el

pueblo continúa más apegado á la tradición, pero en las otras clases no hay diferencia.

Y como la cocinera es una flor trasplantada, copia el programa [hidráulico... Quizás por eso el Ayuntamiento va á conceder el líquido á pequeñas dosis, para que vuelva á haber clases.

Los consejos aún influyen más. La cambiante, esa esfinge de la plazuela que como un ídolo chino permanece en su altar rodeada de columnas de calderilla, es el consultorio femenino: *La Moda Elegante* habla por su boca, y en sus advertencias hay tanto *chic* como en las crónicas de Colombine, Atocha-Ossorio y Salomé Topete. Además, el culto ultramarino regalando *tickets* que dan derecho á un corsé con ligas heliotropo, á un reloj de pulsera, á un frasco de Lubín, todo con detrimento de los intestinos de los amos, pero siempre en pro de la elegancia, de la belleza, de la poesía...

Y la poesía existe, se apodera de las cocinas, vistiendo en mármol nítido los fregaderos, cubriendo con doradas cañerías de gas los negros fogones, empleando níquelados moldes para hacer puré brillantes alambrios para batir yemas, y limpias máquinas de picar manjares.

Estos refinamientos bucólicos extreman la exigencia de las señoras, cada día más inexorables.

Una, muy de su casa, entra en el despacho donde su esposo duerme con su artículo de Morote en las manos.

—Acabo de poner en la calle á la Edelmira. ¡Esto ya no se puede aguantar! ¡Cómo está el servicio! El esposo despierta.

—Está bien hija mía.

—¿Cómo que está [bien? ¿Con que el servicio está bien?

—No, hija, que está bien que la hayas despedido. Pero ¿qué ha hecho?

—¿Que qué ha hecho? Que tiene las rodillas que dan asco: una porquería, una infección.

—Mujer; creo que eso es ya meterse en muchas interioridades... A mí me parecía una muchacha limpia y arregladita.

—Sí, sí; lo que se ve por fuera. Pero no quiero que digas que son genialidades mías; ven á la cocina y dí que te las enseñe, quiero que veas cómo las tiene... Edelmira, enséñele usted las rodillas al señor.

El señor se pone las gafas y algo colorado. La muchacha saca de la pila unos trapos muy negros.

También en la poesía bucólica las ilusiones del momento se desvanecen.

¡Poesía al fin!

Luis BERMUDEZ DE CASTRO

HABLANDO CON EL BOMBERO...

INFORMACIÓN TEATRAL

Como quiera que aún no estamos en plena efervescencia de novedades teatrales, se hace difícil llenar el puesto destinado á esta información con los estrenos, ó cosa así, que han aparecido en los carteles de los teatros que hoy aspiran á las multas y demás *fulmini* que guardan en el zurrón de sus iras los señores Lacierva y marqués del Vadillo.

Por tal motivo, he creído oportuno dirigir mi información en otro sentido, y he celebrado dos *interviews* con otros tantos bomberos de servicio, acerca de dos puntos importantísimos para el porvenir del teatro en España.

*
* *

Primera *interview*.

Encaminéme la otra noche al Teatro de la Zarzuela durante la representación de *Cavalleria rusticana*, y notando que el bombero de servicio bostezaba de lo lindo mientras Turiddu y Santuzza cantaban el gran dúo que termina con la *Mala pasqua*, estable con el bondadoso hombre del casco y del hacha, el siguiente diálogo:

—¿Ha leído usted en los periódicos esa polémica encaminada á si debe ó no restablecerse el verso en el teatro?

—Sí, señor. Y puede usted creer que me ha interesado muchísimo.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Y se puede saber por qué?

—Porque yo he sido siempre partidario de los dramas y de las comedias en verso. Esto de la prosa me ha parecido un signo de decadencia. ¡El verso! ¡Si es el único medio de que las frases levanten ampolla!...

—¡Ah! A usted le gustan, por lo visto, las tiradas con sonoros consonantes...

Sí, señor. Y créame usted que si la gente ha dejado de ir á los teatros es porque ya no

hay nadie que se arranque como lo hacían los actores antiguos diciendo versos de este calibre:

«Llegó rey ó impostor, mi último día
y moriré *porque me da la gana*;
si impostor, con impávida osadía,
y si rey, con fiereza soberana.»

¿Y no cree usted que se le ponía al público carne de gallina cuando en *La campana de la Almudaina* se enrollaba el gran Valero la cuerda al brazo y tiraba de la campana, diciendo:

«Si un Guzmán tuvo Castilla,
ciento y yo tendrá Aragón.»

¡Estas eran emociones! Y no digamos nada de *Flor de un día*: aquello era canela fina. Cuando Don Diego exclamaba:

«Si oyes contar de un naufrago la historia
ya que en la tierra hasta el amor se olvida...»

lo que se se oía era cada sollozo que temblaba el orbe. ¿Y luego en aquella escena, cuando el marido engañado le dice:

«¿Tiene vuestra espada punta?»

y Diego contesta:

«¡Y va recta al corazón!»?

—Vamos, veo que conoce usted bien el repertorio.

—¿Que si lo conozco? Como que he sido aficionado, y aficionado de los buenos, de los que hacían reír hasta en los dramas... Pero, como íbamos diciendo, el drama en verso tiene los grandes recursos. Sin ir más lejos: cuando Don Fernando y Doña María representaron *El ladrón* durante la última temporada, no pudieron encontrar ni un solo efecto; solamente en el acto segundo el público comenzó á conmovirse cuando Don Fernando se dispuso á desnudar á Doña María en escena: pero fué una emoción pasajera cuando se vió que la operación se quedaba en la mitad del camino. En los dramas en verso no sucede nada de eso: cuando el protagonista se decide á hacer una barrabasa, las mujeres seducidas y los hombres muertos se cuentan por docenas, como en *Don Juan Tenorio*... Ahora, con la tésis y eso que se llama *pesquicología*, se



Srta. Santacruz en *Bohemios*.



Mesejo en *La mala sombra*.

duerme uno desde las primeras escenas y se queda uno completamente desarmado... ¡Ah! Y dispense usted que le abandone, porque se acaba la función y tengo que ir á reunirme con el compañero.

Este fué el resultado de mi primera conferencia.

* * *

La segunda verificóse en el Teatro Cómico á donde había ido para visitar á Loreto Prado y Enrique Chicote. Durante la representación de la *reprisse* ¡Que se va á cerrar! acerquéme al bombero respectivo y hablamos así.

—Hola, amigo: aquí estará usted más á gusto que en el teatro extramuros de la calle del Marqués de la Ensenada.

—Sí, señor. Esto es otra cosa: aquí parece que está uno como en su casa.

—Vamos á ver: ¿qué le parece á usted la disposición gubernativa de «las doce y media y á la cama»?

—Le diré á usted: como funcionario público no tengo más remedio que acatarla; pero como ciudadano, debo confesar que es una solemne burrada.

—¿Así como suena?

—Sí, señor: no encuentro otro vocablo más oportuno. Porque aquí, al pie del cañón como quien dice, se notan los efectos de esa orden inspirada en los tiempos de Mari-Castaña. Porque á mí que no me digan: el que quiere trasnochar, trasnocha aunque le cierren los teatros á las diez de la noche. Aquí donde usted me ve, tengo mi habitación en el piso bajo de una casa donde se halla instalado un círculo de recreo. Pues bien: hasta las siete de la mañana se oyen las voces sacramentales de «¡Hagan juego!», «¡No va más!», y de cuando en cuando otros gritos más significativos... Y ya ve usted, como por cada teatro hay diez círculos cuya categoría fluctúa entre el aristocrático casino y la modesta chir-

lata, ahora puede aplicarse mejor que nunca esta frase del repertorio de los bufos de Arderius:

«Ya la moral se fué de Grecia,
los griegos todos van á Madrid.»

—¿Qué es lo que cree usted que va á pasar?

—¡Vaya usted á saber! Pero háme dado en la nariz que se saldrán con la suya los cuatro sacristanes que intentan resucitar la «ronda de pan y huevo», y que los empresarios perderán el dinero, la paciencia y otras cosas que no pueden decirse.

—¿Conoce usted algún remedio para resolver el conflicto?

—Ya le he dicho á usted que soy un *funcionario* como nuestro *fresquisimo* embajador en París, y que no puedo hablar en cierto sentido... Pero, para terminar esta *interview* y para que no se vaya usted de vacío, le recordaré tan sólo la frase del patriarca del Turia en el drama que lleva ese título.

—¿Y qué frase es esa?

—Pues cuando le preguntan á Juan de Timoneda qué se debe hacer cuando le hurgan á uno más de la cuenta, contesta así: «¿No hay arcabuz en tu casa?...» Con que aplique usted el cuento, y buenas noches.

* * *

Y lo mismo que el bombero, digo para despedirme de mis lectores

YAGO.

LIBROS

En esta sección daremos cuenta de todos los libros de que recibamos dos ejemplares.



ros encerrados en jaulas de oro, peces dando al sol sus variados colores dentro de preciosos globos de finísimo cristal... Todo lo mejor del mundo parecía reunido allí.

¿Serían hadas las mujeres hermosísimas que él veía, y sería todo aquello obra de encantamiento y de magia, como los cuentos que él había leído cuando niño y que sus padres le contarán en las largas tardes de invierno?

A la siguiente mañana, el *Hombre-Abeja* vió un caballero de altivo porte y de suma elegancia en el vestir y en los ademanes denotando en todo, hasta en su manera de andar, un poder y una riqueza extraordinarias.

Paseaba el gran señor por sus jardines, y nuestro anciano se deslizó á lo largo de las sombrías alamedas y le siguió para observarle mejor. Tanto se acercó á él que, al fin, fué descubierta el miserable viejecito por el poderoso magnate, el cual dijo al *Hombre-Abeja*:

—¿Qué haces aquí, asqueroso mendigo?

Y le arrojó, dándole un soberano puntapié, contra unas plantas que crecían al lado de la senda.

El anciano se levantó todo asustado, y, aunque dolorido por el golpe recibido, corrió tanto cuanto sus achaques se lo permitían hasta el sitio donde había ocultado la colmena de paja y el colete de cuero. Vistióse con esta prenda y volvió á colgarse aquel objeto, y emprendió la marcha á paso menudito, pero ligero.

—Bien empleado me está—decía el *Hombre-Abeja*—esto que ahora me sucede. ¿Quién me manda á mí, miserable anciano, lle-

nunca lo estuvo, pues jamás había oído cosa que tanto le alterara.

Cuando se encontró en su habitación, ya más tranquilo de las emociones que le hizo pasar el *Hechicero*, pensó, mientras las abejas zumbaban en su rededor: «¿De qué clase y condición sería yo antes de ahora? ¿Era un gigante? ¿Acaso un poderoso príncipe? ¿O quizás algún ser grandioso protegido de las hadas? ¿Sería yo perro, caballo, ruiñón, buho, fiero dragón ó serpiente horrible?... Sea lo que haya sido, estoy resuelto á saberlo, y he de averiguarlo: para ello partiré de este lugar mañana á primera hora del día, apenas luzca el sol.»

Decidido á hacer este viaje, el *Hombre-Abeja* púsose á fabricar una colmena de paja para llevarla como repuesto de su alimento, ya que el colete no tenía más que un solo bolsillo, que no podía contener la cantidad de miel suficiente para la larga peregrinación que él intentaba. Cuando la colmena estuvo terminada, colocó en ella algunos panales y una colonia de abejas que el día anterior había acudido á aquel lugar en busca de nido. Y rendido por el cansancio, el viejecito durmió, durmió mucho y bien.

No soñó. ¿Para qué había de soñar, si esta vez, como otras, como siempre, la realidad para él podía parecer sueño para los demás? Pero, apenas despertó, al nacer el alba, volvió á pensar en el *Hechicero*, y vistiéndose el colete de cuero y atando á espaldas del colete la nueva colmena, abandonó su choza y empezó la peregrinación por tierras desconocidas que se había impuesto.

¿Creéis que el anciano lloró al dejar la habitación donde tan bien lo pasó y tan feliz fué en compañía de las abejas? ¡Qué había de llorar! Contento y sonriente estaba. Para llorar no le dejaba

tiempo la curiosidad que le dominaba por saber en qué personaje ó animal iba á verse convertido. Además, no se separaba completamente de la compañía de sus queridas abejas y del rico alimento que estas le proporcionaban: las llevaba á su lado, en el bolsillo de su colete y en la colmena de paja.

¡Y que no hacia rara y extraña figura el viejecito! Los buenos lugares de la aldea próxima cuando lo vieron así vestido y así cargado, admirados y curiosos ante tal aspecto, le hacían mil preguntas.

—¿A dónde váis, abuelito?

—¿Marcháis largo de aquí?

—Lleváis comida para mucho tiempo... ¿Es que pensáis no volver más?

Pero el *Hombre-Abeja* no les contestaba, y seguía paso adelante hasta que, á eso del medio día, lejos ya de la aldea, cerca de una hermosa pradera cubierta de vegetación, se desató la colmena que llevaba á la espalda y la dejó en el suelo, sentándose él al lado, bajo la copa de un árbol que proyectaba agradable sombra. Comió nuestro viejecito un poco de miel, dió suelta á las abejas y se tendió sobre la hierba para descansar de la caminata que había llevado, nada más que de la caminata, porque su imaginación no cesaba de trabajar afanosa por conocer cuanto antes la transformación que aquel cuerpecito enteco y delgaducho iba á sufrir.

Y nuestro hombre, que siempre había gozado con la compañía de las abejas, contemplaba esta vez con pena á sus queridos animalitos, que revoloteaban en derredor de él, posándose en las plantas bañadas por el sol para volver cargadas con el dulce

pólen con que habían luego de fabricar el alimento para el pobre anciano.

*
*
*

Cuando el *Hombre-Abeja* hubo descansado, reanudó la marcha. Andando, andando, vióse en tierras de una hermosa finca, y allí se encontró rodeado de bellas praderas con hermosos árboles y placenteros jardines. En el centro de la posesión alzábase un majestuoso palacio, morada de los dueños de tan magníficos dominios. Nuestro viejecito vió gentes ricamente vestidas que paseaban por aquellos sitios y se sentaban á la sombra de los árboles; vió caballos espléndidamente enjaezados que esperaban sus jinetes, y sintió al recorrer todos los lugares de aquella finca un ambiente de opulencia y de alegría para él desconocido hasta entonces.

—¿Habré sido yo lo que son estos grandes señores?—se preguntaba á cada paso que daba.

Y por si fué ó no lo que ellos, nuestro héroe decidió quedarse allí. Se despojó de la colmena de paja que llevaba á la espalda y la ocultó detrás de unos arbustos, juntamente con el viejo colete de cuero, que ya no quería llevar más temeroso de que al vagar por aquellos lugares las abejas clavaran sus agujijones en las ricas gentes que él no cesaba de ver y de admirar.

Durante dos dias vagó el *Hombre-Abeja* por las cercanías del palacio, evitando ser visto, pero curioseándolo y observándolo todo, en cambio. Y por su vista admirada y atónita pasaron mujeres encantadoras, hombres espléndidamente vestidos, caballos, perros y ganados como jamás soñara, bellísimos y trinadores pája-

BUZÓN

Petronio.—En su carta dice usted que su padre le llama zoquete y quiere usted demostrarle que no lo es. Y apela usted á mi indulgencia, mandándome versos. Bueno, allá van:

«¡Oh, cuándo llegará el día,
amantísima Teresa,
en que pueda estrecharte
y desahogar mi pena!
Si supieras, cariño, lo que yo sufro,
no me dirías que me fuera.
No seas ingrata y á ver si me escuchas,
á ver si eres buena.»

Vaya, adiós.

Y que usted descanse.

¡Ah! Y dígame á su padre que no le llame más zoquete. Tarugo es mejor.

Sevillano.—¿Un artículo de diez y ocho cuartillas resucitando á Maceo?

¡A ver, que venga Cirujeda!

Un cojo.

«¡Celestina, Celestina!
Tras de ti lento camina
el que muerto está de amores
pasando muchos sudores
y tragando mucha quina.»

Queda usted complacido.
El resto no lo publico porque seguramente el padre de Celestina le rompe á usted la otra pata.

Bigardo.—El *Confiteor deo* que manda, lo guardaremos para la Cuaresma.

Fray Sindulfo.—Su *Amorosa*, es verdaderamente muy triste.

Le dice usted á la niña de sus fatigas, que busque otras alegrías, porque usted está muerto.

Convencido.

Si no lo estuviera usted, sería preciso fusilarlo.

Y agradezca este honor que le dispense de ser pasado por las armas, porque la horca le pondría feo.

Adolfo Lés.—Usted llegará á versificar bien.

Sus *Sonaciones* y *La calda* no carecen de música.

El soneto *Al Champan* es el que le ha trastornado algo la cabeza.

Cultive la forma, ya [que inspiración no le falta, y veremos.

Esquivio.—¡Pero, hombre, cuidado con decir que Adán fué sastre!

¡Al cestol!

Rosauro.—¿Que lea hasta el final sus diez hojas de endecasílabos? ¡Antes cadáver!

Nieves Fragoso.—Remite usted *Lloriqueos* y ofrece para después *Un beso*.

Al revés. Primero venga *Un beso*, luego entrarán los *Lloriqueos*.

Rolando.



Solución al rompecabezas publicado en el número anterior.

RESTAURADOR VITAL. El vino de cerebri-
na es un verdadero y enér-
gico dinamógeno del cerebro, sistema nervioso y
muscular, así como un maravilloso restaurador
de las fuerzas sexuales en el hombre, aun en la
ancianidad; su buen efecto es rápido y seguro, sin
que jamás dañe el organismo. 5 ptas. Prim, 13
(antes Saúco), farmacia.

EL LIBRO DE LA BELLEZA

por **Tosmac**, debe tenerlo la bella para conservar su her-
mosura y la fea para adquirirla. A 3 pesetas librerías de Es-
paña. Cutis blanco y rosado, puntos negros, ronchas. Irrita-
ciones, quitaarrugas (patas de gallo). Depilación **verdad**.
Crecimiento de cejas y pestañas, barba, bigote. Aumento,
dureza y ondulación de pechos, hombros. Modificación de
la nariz. En Madrid á 3 pesetas, Fe, Puerta del Sol; 15; San
Martín, Puerta del Sol, 6, y otras. Va correo certificado en-
viando 3 pesetas en sellos á **La Avispa, Madrid**.

Droguería y Perfumería

Y

FABRICA DE BARNICES

DE

Y. RODRIGO

Barniz especial, amarillo y negro para Guardia
civil y carabineros.

Frasco con contenido para un año, 1,75 pesetas.

90, CALLE DE TOLEDO, 90

(FRENTE Á LA FUENTECILLA)

MADRID

FLORES CORDIALES

SEMENARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas
Extranjero, un año..... 9 francos

Número suelto, 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana..... 120 pesetas.
Media ídem..... 60 »
Cuarto de ídem..... 35 »
Octavo de ídem..... 20 »
Segunda plana..... 100, 50, 25 y 15 »
respectivamente.
Tercera plana..... 90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves.—Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea.

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.

Flores Cordiales



MESAJINA

15 céntimos.

Se publica los domingos.